

cultural carta

Revista de Casa de Cultura -PCU- Año 1 No. 2 Abril de 1988



**Ivan Solarich
Jorge Castro Vega
Hugo Giovanetti
Alejandro Michelena
Anhelo Hernández
Esmoris-
Diverso**

**Edmundo Gómez Mango
Fernando Beramendi
Nilda Agustoni
Mónica Mansour
Gerard Pierre-Charles
Carlos Rafael Rodríguez
Rubén Yáñez**

Segunda dosis: En Managua

Fernando Beramendi 

En el año 79 hubo uruguayos combatiendo junto al FSLN por la liberación de Nicaragua. De esto nos habla *Con los ojos abiertos* (Uruguayos en el Frente Sur, Nicaragua 79), del escritor y periodista Fernando Beramendi, que en breve será publicado por la Editorial Monte Sexto. Este libro está basado en las entrevistas con varios de los combatientes, de las cuales ofrecemos algunos fragmentos en forma de adelanto, para los lectores de Carta Cultural.

Julio
Guy

Eliseo:

...Ahí, una vez llegado, empezabas a descubrirle los detalles a la inmensa selva nica. Los colores danzan y se entremezclan en frente de uno, las lomas se pierden y sentías la seguridad de que estaban llenas de gente. De gente escondida. Todo se sacudía con las detonaciones. El humo subía al cielo de ese azul tan intenso y de pronto, por cualquier lado, aparecía un avión enemigo que no se animaba a bajar demasiado por miedo a la respuesta.

Mirabas a lo lejos y donde sabías que estaban los compañeros descubrías un gran cariño hacia ellos, como que quisieras proteger esos montes. Precavirlos del peligro, cubrirlos con tus manos. Es una mezcla, al menos así lo sentía yo, entre mucho miedo, necesidad de la dureza y la autoexigencia pero, además, que por algún lado te saliera lo de la ternura, como el Che decía...

Se sonreía el Tico. Con él y con el Polo, el Pollo, Moisés y Franco (los nicas), conversábamos mucho. Sobre la religión, sobre la futura sociedad, sobre las costumbres de nuestra gente. Alguno recitaba poemas a su novia, o a García Laviana, o a la flor nacional. Polo cantaba siempre. En pleno combate, entre morterazo y morterazo se oía su voz: "Como dijo el poeta tropense de Solentiname, / no quisieron decirnos el sitio donde te enterraron, / más tu tumba es todito nuestro territorio, / y en cada árbol de mi Nicaragua, / allí vos estás..."

Al otro día la orden fue juntarse en la carretera Panamericana para iniciar la Marcha de la Victoria. Empezaron a regresar los compas de infantería para marchar todos juntos. Era terrible el aspecto de esos compañeros. Semanas y semanas a escasos metros del enemigo, sin dormir, sufriendo también su poder de fuego. Mutilados, enfermos, con los rostros deformados. Levantaban sus fusiles y cantaban. En esos trajinares conocimos a Santiago, que después caería en Asunción, una vez ajusticiado el tirano Somoza. Al pie de los camiones, la gente se re-encontraba, preguntaba entusiasmada cuando partíamos hacia Managua. Gritos y consignas. A cada nombre de un mártir le seguía un fuerte ¡Presente! Carlos Fonseca Amador, pero también los que cayeron allí, los anónimos que la memoria colectiva no olvida.

Por los altavoces daban la orden de subir a los camiones, de mantener los criterios de seguridad, por las posibles emboscadas. Es que los chigüines en desbandada eran mucho más peligrosos. Mataban y saqueaban sin piedad, disfrazados de campesions. La caravana de la Victoria iniciaba su marcha...

... Cuando arribamos a la ciudad de Granada, tercera en importancia del país, a 44 kilómetros de Managua, se ordenó un alto para descansar, durante dos horas. Ya estaba por amanecer. Apenas bajamos de los camiones nos rodeaba un mar de gente, de todas las edades. Allí, vivamos a la Revolución, a los héroes y la solidaridad internacional. Tomás gritó ¡Vivan los niños! y una gurisa pequeña, de ojos muy grandes y negros, semiescondida entre las faldas de su madre, que había estado observando

callada todo ese alboroto, le contestó con un radiante "¡Vivan!"

Rápidamente, y a pesar de nuestra negativa, los vecinos se reunieron y uno puso el pan tostado, otro unos bizcochos de maíz hechos en una plancha, otro café caliente, otro tortillas. Alguna compa traía un manojito de dulces caseros. Así, de pronto, todo se transformaba en una fiesta popular. Nos contaban anécdotas. De cómo se le llevaron el hijo a la señora y nunca más. O aquel otro que apareció fusilado por la guardia porque no le dio tiempo para alzarse. O aquel botija contaba de cómo fueron los últimos días en el pueblo y el desbande de los chigüines. A aquel le fusilaron la novia pero estaba dispuesto a seguir "volando tiros, en Guatemala, en El Salvador". Había algunos que no cesaban de agradecer a los combatientes del FSLN por su libertad. Los compas les planteaban que era sobre ellos, sobre el pueblo en general, en quienes había recaído el peso mayor de la guerra.

Nos encontramos una viejita que nos quería besar a todos y hablaba con voz temblorosa, pero con lucidez meridiana. Era la abuela de Granada, sandinista de noventa y pico de años. No sabés lo que fue eso, dijo cosas como:

"Ay, mis muchachitos, Dios los bendiga. Yo vi nacer al sandinismo y vi morir a Sandino. Pero hoy lo veo de nuevo en ustedes, sí, en ustedes... Ay, gracias, dios mío, siempre gracias. Yo me acuerdo que en 1927 veía correr a los guardias y me alegraba, pero después volvieron y nos asesinaron hombres, mujeres y niños y yo decía: cómo puede ser. Dios mío, estos criminales... Pero ahora los he visto correr despavoridos, otra vez, sí, correr de ustedes y yo desde la puerta les gritaba: "Cobardes ¿por qué no pelean ahora? Y sentía una alegría tan grande adentro mío. Yo creo en Dios y en las verbenas de la iglesia siempre rezaba en voz alta por el Frente, pa' que Dios ayudara a los muchachos. Yo decía: Ay, santos del Edén, salvad al Frente... y ahora vencimos... eh?" y la abuela recorría nuestras caras barbudas y sucias y repetía, con un clamor que salía desde muy dentro, de lo más hondo de aquella casa alumbrada con velas, repetía, a cada uno de nosotros: "por lo que más quieran, no dejen que vuelvan esos criminales"... y los compas, los nicas, allí, prometían con solemnidad a la abuela sandinista que nunca más, que nunca más...

Cuando la caravana arrancó de nuevo como que te quedaba la sensación dentro de que tenías nuevos hermanos, que algún día habría que contar esto...

Javier:

... En esos días fue encontrado un soldado de la Guardia Nacional disfrazado de paisano. Lo reconocieron por las botas. Cuando fui al lugar donde estaba, lo rodeaban más de cincuenta personas. La gente conversaba. Le preguntaban porqué estaba en la Guardia. El tipo contaba que lo habían reclutado obligado, cosa bastante creíble porque se daba con frecuencia. Cabezas plantea eso en su libro. Te alzas, o te reclutaban o te mataban al negarte. El prisionero decía que delante suyo, para amedrentar-

lo, los oficiales mataban a la gente que quería desertar...

Porque lo vi combatir sé que su pérdida fue muy, pero muy grande. La respuesta de nuestros compañeros siempre fue mejor que lo que a veces se esperaba, pero el Meme, "Pedro", por su combatividad, por su relación con los compañeros, por como cubría a la gente, era un tipo realmente valiente y muy responsable. Murió así, lejos de la patria chica y de la familia...

Raúl:

... A mí me pasó algo con la muerte. Capaz que esto solo tiene valor dentro mío. A los dos o tres días de llegar, fui a Peñas Blancas y me quedé allí a pasar la noche. De repente, un compañero parado frente a una camioneta tironeaba un par de botas. Me pidió que le ayudara. Sí, que yo lo ayudara a bajar un muerto. Era un panameño al que le llaman "Forastero", muy conocido por todos. Lo habían matado hacía unos veinte minutos. Y a mí me pareció tan absurdo, tan ridículo, estar ayudando a bajar un tipo que hacía veinte minutos estaba comiendo allí, riendo, jodiendo. El cadáver estaba manchado con leche condensada. Veinte minutos atrás estaba desayunando.

Y ahora era un cuerpo que había que ayudar a bajar. Un par de botas de las que yo me prendía para sacarlo de la camioneta...

... A diario vivías situaciones que te sacaban fuera lo mejor que tenías. Aprendías que hay cosas que no pueden resolverse. Un día, uno de los nicas que estaba con nosotros recibió una carta de un muchacho de la brigada costarricense "Juan Santa María". En ella le contaba que había muerto su mamá. Y bueno, estaba ahí con nosotros y se le había muerto la mamá. Realmente la guerra no es una película, en donde solo aparecen los momentos culminantes, los aparentemente más decisivos y trágicos. Existe toda una telaraña de relaciones humanas y afectivas. Ahí estaba el nica, con la carta en la mano, mirándonos y diciendo que se había muerto su mamá. Una mano en el hombro, una caricia en la cabeza, y todo el amor...

Joaquín:

...La batalla por Sapoa fue brava, como te decía. Sapoa era un poblado vacío. Eso formaba parte de la táctica somocista, vaciar los pueblos. Emplazamos los morteros 82 en la plaza hacia el lugar principal donde estaban los chigüines. Nuestro fuego los hizo retroceder. Tuvieron muchas bajas y abandonaron sus posiciones. Fue entonces que se replegaron a la colina 50. Así fue la batalla definitiva... En el fragor uno no se da cuenta a veces de lo que pasa. Estás pendiente del mando y tratando de responder de la mejor manera, preocupado por no errar el fuego, cuidándote del fuego enemigo. Controlando que cada uno esté en su lugar. En pleno combate se hace difícil mantener el orden de seis piezas alineadas. Es complicado pero se puede lograr. Lo primero que cuidás es la vida, tuya y de los tuyos...

... Había situaciones que te producían risa y a la vez, admiración y terror. Los nicas estaban decididos a todo por empezar a tener un país distinto. Y eso era unánime. Por eso le tiraban a los aviones con armas que nunca podrían haberlos derribado. O pasaba como cuando encontré a dos chavalos de guardia en un puente bastante aislado y en una posición importante del punto de vista estratégico.

Uno de ellos estaba armado con un revólver de dos cañones de esos que se cargan por la boca. Yo ahí me asombré, el pibe, solo, cuidando esa entrada en el puente. Le comentamos: "Compita, pero esa arma..."

Nos miró tranquilo, como que no había de que preocuparse, "es lo que tenemos, compa" y era como decirnos, con eso basta, usted no sabe todavía que nosotros decimos "no pasarán" usted no sabe que nos esperan días durísimos, usted no sabe que no nos van a dejar tranquilos? Usted no sabe que éstas son las armas que tenemos?

Ma fui hasta la otra punta del puente. El chavalito era bastante menor que el otro. Estaba armado, sí, y era bastante. Con un cuchillo...

Pablo:

... Una vez se nos trabó la ametralladora. La idea era tirarle a los aviones en el momento en que daban la vuelta para que no se pudieran estabilizar. Lo teníamos en frente y le tiramos una ráfaga. Pero entonces allí, se nos trabó. Venía en picada y nosotros como locos tratando de destrabar el arma. Empezaron a tirar y nosotros a los costados. Nunca sentí las balas tan cerca. Cuando pasaron todos empezamos a mirar a los otros a ver como estaban. Así pasamos unas semanas, hasta que nos mandaron retornar a Peñas Blancas para encomendarnos otra misión...

...De allí me trasladé con otro uruguayo herido a una casita que quedaba a un kilómetro del puente sanitario. De noche se produjo un intenso bombardeo. Asomados para ver lo que pasaba, vimos entre las detonaciones, una lucecita de linterna. Alguien se había mandado a correr en dirección a nosotros. Se me pasó por la cabeza que era algún compa sobrepasado por los nervios que te produce ese repicar constante de las punto 50 o los estallidos. Pero no, era alguien que trataba de llegar donde nosotros estábamos. Era un médico uruguayo que venía a darme la intravenosa de las doce de la noche. "Es que los horarios no pueden dilatarse", dijo con tranquilidad. Ese detalle no se me olvidará nunca más mientras viva. El asumía su rol aun cuando pudiera entenderse que no lo hicieras. Arriesgando el pellejo corría de trinchera a trinchera en pleno bombardeo. Se metió en el hueco en que yo estaba, cerca de la casita. Le aguanté la linterna mientras me buscaba la vena para inyectarme...

...En la tarde del 18 de julio se largó la gran ofensiva y a eso de las once y pico hubo un gran silencio. En el amanecer del 19 todo estaba muy confuso. Los jefes del ejército somocista habían huído y se hablaba de naves yan-

quis cerca de Puerto Cabezas. Era un gran silencio, solo interrumpido por el canto de los pájaros. Ahí me acordé que hacía meses que no oía cantar los pájaros. Sentado en un tronco me puse a mirar el cielo. Allí estaba el cielo, solo el cielo, sin aviones, sin miedos. Era como si antes no hubiera estado allí. Me asombró su color azul. Y que a livio esta seco, con calorcito. Recuerdo que le comenté a una compañera que parecía una mañana de Montevideo, de esas sin tiempo, cuando el sol se cuele entre los paraísos y el mate alarga y alarga el día...

... Cuando llegamos ya habían salido y cuando los alcanzamos nos enteramos que junto al Meme habían muerto tres compañeros más. Vimos los cuatro cajones, preguntamos cuál era el del Meme y lo cargamos en los hombros. Al llegar al lugar donde los iban a enterrar, los pozos estaban abiertos. Depositamos allí los cajones y la tierra empezó a caer sobre ellos. Nunca me olvidaré de ese sonido. Un compa nica dijo algunas palabras sobre la actitud de los compañeros caídos, de su dedicación en el combate y, habló de la condiciones de la lucha y del triunfo cercano. Acto seguido se hizo una salva al aire. Después del triunfo fueron trasladados a Managua.

En febrero del 84, la primera brigada masiva uruguaya que iba a ayudar en la producción y en la recolección de café fue a visitar su tumba. Yo la integraba y recuerdo que está al lado de la tumba de un compañero chileno. En ese momento, junto a nosotros, estaba el gordo Alpuín. Yo recorría los rostros de todos me acordaba de los combates, de la noticia del Meme, del hueco en la pierna de la compa nica. La tercera vez que estuve en Nicaragua volví allí. Ya Alpuín había muerto en tierras de Sandino...

Rafaela:

... El panorama era terrible. Lleno de heridos. Los morteros caían al lado tuyo. Las piedras saltaban, los gritos de la gente... Empezábamos como podíamos a sacar a los muertos y los heridos. De pronto veo un hombre que estaba en el río. Se quejaba. Tenía una fractura en la columna y no podía moverse. Allí se metió uno de los médicos uruguayos a rescatarlo, en pleno combate. Te repito, en ese momento, sacás fuerzas. Nada debía perderse o al menos había que hacer los máximos esfuerzos para que nada se perdiera. Para que nadie se perdiera. Yo cargaba a un muchacho muy joven que estaba herido y a dos armas, la mía y otra que recogí en el lugar. Ver a los demás te daba ánimo, a pesar de la lluvia, de los morteros, de la sangre chorreando encima de tus hombros.

... Había muchos combatientes con artritis, por la humedad y el frío. La gente dormía en las trincheras con el piso mojado. Las infecciones en la piel eran sumamente frecuentes. Los problemas de columna, las diarreas y... los heridos. Trabajamos en condiciones de verdad difíciles. Una vez hizo tanto frío que nos sacamos nuestras mantas para tapar a los demás. Por lo tanto pasamos unos

cuantos días temblando. Esto agregaba más horas de insomnio...

... En el Frente Sur hicimos la primer campaña de vacunación en plena guerra. Fuimos a todos los lugares de combate a vacunar con la antitetánica, a todos, sanos y heridos. Salíamos con los médicos hacia todas las zonas, aun las más imbricadas y peligrosas. Y no solo a vacunar, también a llevar una pastilla para la diarrea de algún compa o para la malaria que era muy frecuente. De la antitetánica dimos solo la primera dosis. La segunda, como les habíamos prometido, la recibieron en Managua liberada...